



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Quién defiende a quién en la batalla de la verdad, de la mentira y de la memoria

Varios Autores

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar

16 de enero de 2024

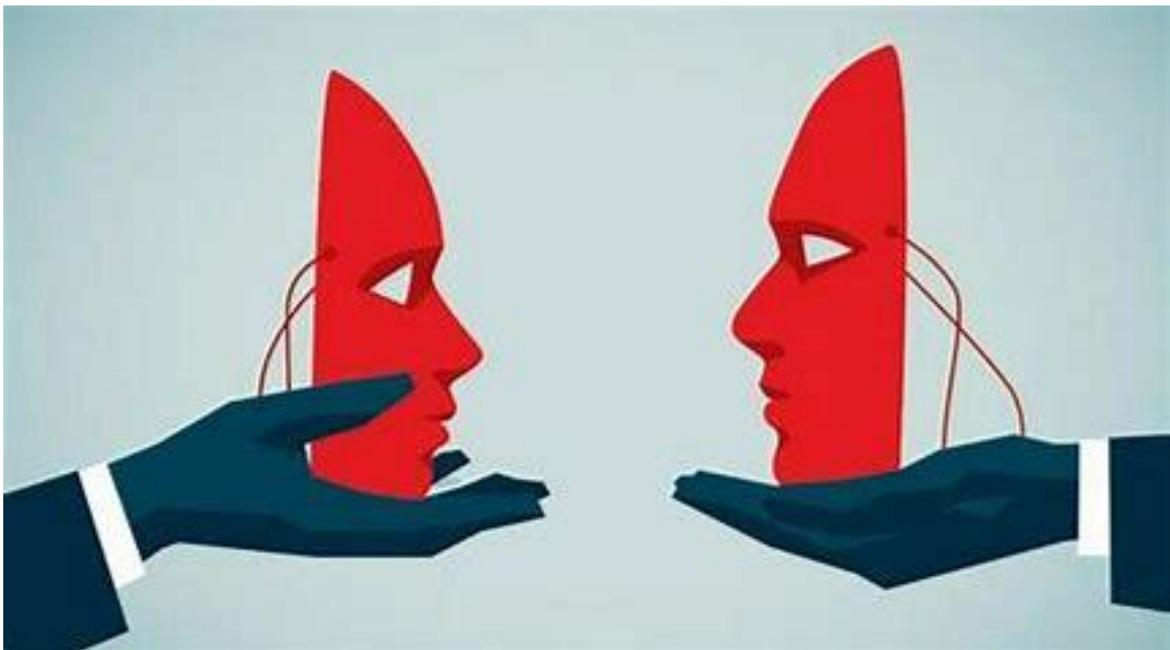
Sócrates (por Platón) defiende en el *Fedro* que la escritura no es medicina de la memoria, sino una reelaboración de la verdad que la oculta a través de textos ajenos. Advierte el filósofo de la potencial ingenuidad del lector que interpretará como verdad cualquier escrito que no le genere reflexión, ya que las palabras navegan por mentes y papeles sin el refrendo físico, presente, del autor, emboscado en su anonimato.

Durante los últimos años, diversas naciones analizan el fenómeno de concentración de poder que produce la capacidad de generar múltiples textos, sobre todo cuando son filtrados u ordenados por algoritmos que se reelaboran y distribuyen con criterios de oportunidad y consumo. Como ejemplo, en febrero de 2024, las cámaras del Congreso y Senado de Estados Unidos han interpelado a los directivos de *Facebook [X]*, *Instagram* o *Snapchat*, entre otras, sobre los riesgos generados y perjuicios inducidos en la población por las prácticas seguidas en la generación de contenidos, en un intento del poder legislativo de controlar los supuestos efectos perniciosos de la información sobre el ciudadano.

La introducción del dominio cognitivo en las operaciones militares abre la puerta a considerar estos fenómenos como una porción sustancial del campo de batalla, vinculados a la dominación cultural «gramsciana». Por ello, la gestión de la comunicación de masas aborda la complejidad de la condición humana, sus emociones, creencias y pensamiento. La introducción del dominio cibernético como el *alter ego* de lo virtual junto al cognitivo, complica exponencialmente esta propuesta apareciendo con ello la híper-comunicación.

Alteración de la verdad y sus efectos por la híper-comunicación

Muchos clásicos advirtieron del peligro de textos adulterados para invertir hechos físicos contrastados, o para destruir la lógica, en cualquiera de sus acepciones. No es nada nuevo. Cura y Canónigo, dos personajes cervantinos, discutían en el Quijote acerca del daño que la ficción sin control –en particular las novelas de caballerías- generaba no solo en la población, sino en la sociedad política, o en la república global, según el texto citado.



Si Platón advertía del daño de la escritura apócrifa y Cervantes del impacto de los productos de la imprenta en la imaginación, es fácil establecer como pauta que, con el boom de textos, imágenes y videos disponibles en la red global, y con su crecimiento exponencial, los efectos en los individuos y la potencial manipulación de su criterio, son un nuevo pero viejo espacio de conflicto.

La tecnología, de la que hoy disfrutamos, oferta múltiples textos en múltiples formatos: escritos, hablados, representaciones gráficas o lenguaje no verbal. Algunos de esos textos son estéticamente gratos, otros divulgativos y estructurados

como objetos de consumo, para el ocio, para el entretenimiento. Otros formatos son las series de televisión, personajes arquetípicos, nuevos modelos. Tantos formatos, hoy ubicuos y omnipresentes, están a un clic de distancia del individuo, que en teoría es enteramente libre de acceder a ellos en una red global sin muchos controles, y también libre de creérselos, o no. Si recurrimos de nuevo a las advertencias del *Fedro*, no sabemos si el redactor de esos contenidos, o su procesador, los han escrito con recta intención. Si recurrimos a Gracián, encontramos su propio desarrollo de la idea, o de cómo se pueden producir textos contaminantes.

Saber con recta intención. Asseguran fecundidad de aciertos. Monstruosa violencia fue siempre un buen entendimiento casado con una mala voluntad. La intención malévolamente es un veneno de las perfecciones y, ayudada del saber, malea con mayor sutileza: ¡infeliz eminencia la que se emplea en la ruindad! Ciencia sin seso, locura doble.

Muchos de esos textos no buscan solamente solaz del lector, sino que se erigen en pretendidas verdades, fundamentos de nuevas creencias, antídotos de la educación recibida o refuerzos de dogmas ajenos. Es conocida la trama mediática en la que medios de una comunidad autónoma sincronizaban noticias, léxico y narrativas con el planeamiento de comportamientos violentos. En el pasado, el terrorismo en España tuvo también varios brazos impresos, como parte de un todo.

Con los primeros textos conocidos aparecieron los *sofistas* como manipuladores de la verdad y se erigieron así en productores de verdades escritas que satisfacían la voluntad de su mecenas, como un arma, un medio más de consecución y control del poder. Comparando la hemeroteca actual con la de hace un año se observa como la venta de una mentira -por afirmación claramente basada en sesgos de una realidad contrastada- o la negación categórica de una afirmación previa, se emiten sin pudor, y se juega con los formatos amables para evadir el escrúpulo moral que la mentira debería generar en el lector cuerdo, empleando eufemismos para afeitar o endulzar la verdad, como diría el mismo Gracián.

Se recuerda aquí el principio aristotélico de no contradicción, expuesta en su *Metafísica*, según el cual, en resumen, de las diferentes expresiones del concepto:

Si se expresan una proposición y su contraria sobre un mismo suceso, o un mismo atributo y su contrario en un sujeto, ambos no pueden significar verdad.

En la actualidad, de mano de la evolución exponencial del volumen de datos en internet, el exceso de información verosímil (que no veraz) es la principal máscara de lo cierto, constituyéndose en una nueva forma de coerción social y certificando los temores de Sócrates. Lo cierto, para Leibniz, es un principio de contradicción

que se establece como verdad innata o intuitiva, y que se rompe cuando negamos la evidencia. Si múltiples textos niegan la evidencia a coro, se contradice el mismo principio de no contradicción creando una verdad innata de diseño.

Hoy la verdad -la conformidad de una cosa con lo que de ella se piensa- está muy expuesta, sobre todo tras la destrucción de los dogmas de las religiones de libro y su sustitución por un nuevo santoral laico y unos nuevos hechos de los apóstoles, algunos de ellos meros *bots* de uno y otro signo. Desde planteamientos científicos pasando por teorías pseudocientíficas hasta estructuras de comunicación política formalmente copiadas de libros sagrados, todo es verdad y todo es mentira.

Los objetivos y efectos de la alteración textual

Una vez planteado en las líneas anteriores el escenario pautado de destrucción de la verdad por cualquier medio, se hace necesario analizar el objeto, el «para qué» de la múltiple manipulación de textos que hoy ya no se cubre de ningún barniz. El lector permitirá que el autor apueste por escenarios extremos y se dibujen escenarios en los que la intención malévola graciana comience a jugar con textos e imágenes en virtud de su mala voluntad.

En numerosos medios se plantean preguntas como: ¿generará la Inteligencia Artificial un monstruo del conocimiento? ¿Podrá éste acabar con la raza humana, o condicionar su futuro? ¿Perderán los humanos el control de su propio destino? Múltiples artículos, reseñas y fundamentalmente *banners* de internet nos alertan de otro fin de los tiempos de la mano de la evolución tecnológica y de la información alterada, o adulterada, que cegará la libertad individual, como en las distopías de Orwell ¿Se trata de un lugar común al cambio, como cuando se afirmaba que el ferrocarril generaría enfermedades y muerte por la velocidad a la que se expondrían sus pasajeros? ¿O existe alguna justificación para este pesimismo?

En breve descripción de la función exponencial que representa el canal de transmisión de textos durante la historia, pasamos de la ruptura de la tradición oral por la aparición de la escritura, a los primitivos sistemas de instrucción y educación como transmisores de cultura, siguiendo por la primera globalización de mensajes de fe a través de los púlpitos (foros de relativa uniformidad en cuanto a mensaje en los contextos de las liturgias), fluyendo después por la imprenta, el telégrafo, la radio y el teléfono, la televisión, y hasta internet, donde la cantidad de información disponible se dispara. Pero no solo en cantidad, sino que tiende a organizarse en múltiples construcciones mediáticas de la realidad que compiten entre sí (Herrerías y García-Granero, 2020), construcciones que maestros, cronistas y periodistas, entre otros, teóricos notarios de la verdad de lo narrado, adaptarían a la

«conveniencia» de cómo dar a conocer cada suceso, con respecto a los efectos generados por cada nuevo texto.

Verdades, certezas y sociedad

Volviendo al innatismo de Leibniz (o a Suarez o a Spinoza, esto es, la sustancia que existe por sí misma como verdad), existen pocas pero firmes constantes que sustenten los elementos básicos de la vida de los individuos en sociedad, elementos necesarios que prioriza Maslow en su famosa pirámide y que devengan refugio, alimento, seguridad y vida social, entre otros. En otras palabras, se podría modificar ahora este enunciado, afirmando que existen pocas certezas y muy pocas verdades que nos sirvan de referencia en un mundo primero secularizado, y después globalizado.

En nuestra tradición la mentira es pecado, y decir la verdad asumiendo posible culpa o castigo constituiría atenuante. Sin embargo, la relación entre el término verdad, opinión pública, opinión publicada y los derechos que devenga un individuo a recibir información veraz y libremente expresada, se altera, de manera exponencial, en un inestable equilibrio al descansar la composición de los hechos narrados por una maquinaria de generación de textos regida por lógicas o construcciones artificiales ligadas a beneficios económicos y de poder.

El dueño de la única verdad

Si a través de herramientas de generación de textos se puede mecanizar esa adaptación para imponer un argumento o un sentimiento hasta la náusea. Si eso se hace empleando simultáneamente toda la panoplia de recursos falaces –y tecnológicos- de los que dispone la retórica a través de construcciones textuales artificiales y generadas por máquinas con sentido de la oportunidad, del interlocutor, de sus preferencias, prejuicios, creencias, miedos y afectos, se podría pensar que la oferta de libertad de juicio de cada oyente quedaría a merced de esa máquina hablante o escribiente.

Dicho artilugio de ficción (o quizá no) sería el poseedor de la verdad en régimen de monopolio. Si se ha etiquetado metafóricamente a la televisión como una «caja tonta» capaz de generar cambios en la personalidad y de debilitar el cuestionamiento de la veracidad o no de lo que la televisión presenta como cierto (Rodríguez y Vázquez, 2005), podríamos como humanos negar nuestra propia realidad para aceptar la perfecta ficción de ese propagandista mecánico, educado a través de su aprendizaje automático para destruir nuestras verdades y certezas e implantar otras.

La Algoritmia

Es la alquimia de ese dueño teórico de la verdad. Parece que se trata, al hablar de algoritmos, de una moderna e inexplicable, de una oculta mecánica matemática de elaboración de conocimiento. Nada más lejos de la realidad. Una simple oración causal, o una condicional, son algoritmos. La sintaxis es una combinatoria que estructura causas, consecuencias, condiciones, exclusiones, adversidad y otras relaciones que aparecen asimismo en las matemáticas y, como tales, en los procesos de toma de decisiones alumbrados por la razón, o por la emoción en la mayoría de los casos.

Así, una máquina agnóstica educada, por un lado, para prescindir del escrúpulo que obliga al compromiso con la verdad observada o vivida, o con la verdad deducida y, por el otro, para emplearse a fondo en la alteración de la percepción sobre cada contexto del oyente, podría programar y coordinar (e integrar) la difusión de un mensaje único en múltiples formatos y múltiples canales y, lo más importante, emplearía una coerción subliminal destinada a separar lo genéricamente bueno de lo genéricamente malo según su modelo, su diseño. Es obvio decir que el operador de esa máquina sería el sujeto de la mala voluntad que señalaba Gracián.

Discutían Wittgenstein y Russell sobre la ponderación de la importancia de verbos y nombres en la teoría del lenguaje. El elemento denotativo de esta acotación del espacio moral son también los adjetivos, las etiquetas, etiquetas que percibimos todos los días y que tan convenientemente generan los modelos de lenguaje que alimentan a los *chatbots*.

La batalla la ganará quien controle la generación y distribución interesada - gramsciana- de las etiquetas mencionadas, quien denomine. Creyentes o gentiles, demócratas o fascistas, patriotas o traidores, puros o impuros, gente de orden o subversivos. El etiquetado contrario al mensaje propio puede convertirse en sinónimo de exclusión. Una máquina de deshumanizar bajo etiquetas dogmáticas, como facha o rojo. En regímenes democráticos, solo son una porción maleducada de la dialéctica política y social de cada sociedad. Sin embargo, su empleo sistemático para obtener ventaja política, económica, social o incluso deportiva, cambia ahora con la revolución de los medios de proceso del lenguaje, de su mecanización y del control de la algoritmia y sus efectos sistematizados y sistémicos.

La aproximación de Hanna Arendt a esta realidad es su propuesta sobre la relación entre verdad y política. Arendt afirma que para que el individuo sea libre hace falta un mecanismo que objetive la verdad y limite la mentira. De nuevo, como Cervantes, una llamada a regular, a ordenar los textos para que no enuncien falsedad intencionada. Si el concepto de opinión pública encarna esa verdad

federada entre el conjunto de los sujetos políticos en el mundo libre, el totalitarismo nos preñaría solamente de una única verdad, y se encargaría de alterar las referencias de pensamiento que pudiesen inspirar las opiniones libres para imponer esa verdad oficialista y falsear la realidad tangible. Y si contase con una máquina, mejor. Y las máquinas ya existen.

Este sería el fin de la pluralidad y la puerta a un único sectarismo, disfrazado precisamente bajo un manto, una avalancha plural de textos orquestados que nieguen la verdad denotativa de hechos físicos, textos o leyes inconvenientes. Sin la humildad que expresa Wittgenstein en su invocación a la duda y a la búsqueda de la justificación de los enunciados para huir de los dogmas, cada individuo compraría ese nuevo mensaje global supremo. Sin ser sujetos conscientes, como expresa Ortega, de la necesidad de intercambiar, cuestionar y contrastar nuestras ideas y de cómo éstas viven atrapadas en nuestras creencias, dejaríamos de ser individuos pensantes, y la verdad no podría existir sin ese maridaje entre realidad física y sujeto que la piensa y siente. Si eso sucediese y un mensaje totalitario, por total e incontrastable, abdujese nuestro libre pensamiento (y albedrío), volveríamos a una metafísica en la que ese motor textual nos llevaría de nuevo al principio del *Génesis*, a un verbo infalible, entendiendo por verbo el binomio texto-razón.

Un buen entendimiento casado con una mala voluntad

A partir de la generación de textos sobre algoritmos de aprendizaje profundo, se pueden producir comunicados de todo tipo: académicos, noticias, ficción audiovisual o poesía, todos apócrifos por hijos de un software de composición sintáctica y documental. Textos no contrastados sobre los que se eduquen los jóvenes, o que supongan una pantalla que oculte la ausencia de esfuerzo académico, actuando como un generador de plagios de sí mismo o de la producción textual universal sin huella, entre otros usos.

Si se parte de la afirmación de que la inteligencia artificial podría llevar a la extinción de la humanidad, expresada recientemente (2023) por responsables políticos, como el primer ministro del Reino Unido, o por Sam Altman o Elon Musk cofundadores de compañías como *Google Deepmind* y *OpenAI*, se podría afirmar que los mecanismos de control de la energía, el transporte o las armas, por ejemplo, podrían caer en manos de una máquina con sesgos. Ésta podría también gestionar todas las herramientas a su alcance para suprimir la voluntad del componente humano, dejando la decisión única en la máquina. Defensa, comunicaciones, internet de los objetos y cosas, estarían en disposición de ser orquestados para negar a coro lo humano. Ortega predijo la rebelión de la masa como supresión de la individualidad en beneficio del coro. Ahora se insinúa la supresión del individuo

a través de la alteración del conocimiento de la masa, a voluntad de una máquina según su programación.

Lo anterior no podría impedirse con la mera regulación del correo no deseado, de la restricción de acceso a la red en algunos regímenes totalitarios, o de la prohibición de uso del teléfono móvil en la escuela, ya que los libros de texto o el currículo serían vehículos sustitutivos de esa nueva verdad agendada, que etiqueta y divide. Si un algoritmo pudiese perfeccionar la confección de supuestas verdades incontrastables. Si se contase con la ya existente posibilidad de recrear imágenes de humanos predicando sus términos sesgados en una versión estéticamente superior, por grata, omnipresente y oportuna. Si la mala voluntad del legislador le llevase a aceptar, a someterse o a emplear esta dialéctica automatizada y coral en vez del debate verbal de ideas, ¿dónde vivirían verdades y certezas?, ¿cuál sería la relación de los individuos con su pasado, con su historia, con su tradición, con su nación?, ¿cuál será la huella de un padre en un hijo?

Verdad, mentira y símbolos. El antídoto

Hasta aquí el ejercicio pesimista de distopía. Las distopías acaban con la *agnitio*, el reconocimiento de cada argumento. Muchas producciones cinematográficas u obras literarias emplean símbolos de primer orden -reliquias u obras de arte diversas como objetos literarios- para componer ficción y generar un efecto dramático consumible, dotándose de la autoridad de dicho signo. Así, la estatua de la libertad varada en una playa explica a los protagonistas del *Planeta de los simios* que han regresado a la tierra y una urna griega inspira a Byron sobre el poder ennoblecedor del pasado.

Tras todo lo anterior, y como remedio casero de los necios –fórmula graciana contra la mala conciencia- se propone rescatar signos y símbolos contra la angustia generada por los nuevos tiempos en este escenario generativo de textos, paradigma de la deshumanización de los autores por cuanto la red los oculta y excusa tras un conveniente e impune manto de anonimato.

Los símbolos serían la última frontera, porque son incómodos testigos de certezas pasadas, porque representan ideas que han pervivido a notorios cambios sociales y porque cuentan con cierto reconocimiento, mecanismos de difusión y protección legal, pero sobre todo porque en ellos se incorporan de un modo u otro a los afectos, generando adhesión o rechazo, cuando se exalta el contra-signo. Por ello, la defensa del símbolo, de los textos legales que los defienden de manera explícita, son una última línea defensiva que se asalta por el continuo cuestionamiento de su validez y de los consensos pasados que los llevaron a perdurar.

Si los textos mecanizados roban la bandera de la Humanidad, sustraen la capacidad de defender una idea cara a cara, escatiman la necesidad de argumentar a viva voz, se habrá perdido el último combate y se producirá la victoria de la mentira y la derrota del legado de la tradición, no necesariamente incompatible con progreso, evolución y cambio. El símbolo que se comparte sin imposiciones obsesivas y se libera de la conveniente omnipresencia *ad nauseam*, es memoria de los tiempos, quizá más crueles, en los que la dialéctica era sincera, por expuesta al peligro de defensa de una creencia.

Por ese motivo y en los dominios que le son propios (físicos y virtuales), la milicia goza de la ventaja de sus símbolos, que acaban siendo elemento de fortaleza, garantía de la independencia de su servicio y una expresión relativamente inmutable de la lealtad de los soldados del ayer, los del hoy y del mañana. Un texto constitucional con sus limitados mecanismos de mutación (limitación que es precisamente parte de su sistema de garantías), recoge a la Corona y a la Bandera, y las fusiona con el resto de las instituciones para referenciar la nación ante múltiples ideas abstractas que podrían deformarla a su capricho. La destrucción del símbolo es, por lo anterior, un hito coherente con el anhelo de destrucción del texto constitucional. Por ello, la apuesta por los símbolos como terapia ante manipulaciones textuales interesadas es siempre segura.

Para concluir este breve ensayo sobre semiótica, el lector encontrará quemas de símbolos, algoritmia interesada y orquestada para construir textos que sustenten agendas ajenas, textos supuestamente originales y de supuesta función poética o divulgativa que sean caballo de Troya de otros fines, y múltiples manipulaciones audiovisuales de hechos contrastados, en un sinfín de relatos tergiversados concatenados. Por ello busquen la verdad, su verdad, y refúgiense en los símbolos que les son propios, la Bandera, la Corona, la Nación, el Himno, y en los principios y valores de la Constitución. Para los militares quizá sea más sencillo.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2024